

AGENDA CIUDADANA

INDICADORES

Lorenzo Meyer

Los Presidentes y sus Informes.- Un indicador es un signo externo, relativamente claro, que capta y resume un fenómeno más complejo y menos obvio. Desde esta perspectiva, los informes que los presidentes mexicanos rinden ante el Congreso anualmente son documentos interesantes, no necesariamente por su veracidad, sus cifras o lo profundo de sus ideas, sino porque resultan ser indicadores relativamente claros de la naturaleza de las prioridades políticas del gobierno pero también --y hoy más que en el pasado--, indicadores del clima político general, de los cambios y tendencias. Los informes son reveladores tanto por lo que dicen como por lo que callan, por lo que subrayan como por lo que soslayan y por la atmósfera que crean en torno a las instituciones, en particular a la presidencial.

El documento que Ernesto Zedillo leyó ante una sesión conjunta del Congreso el 1º del mes resultó revelador no solamente de la política del gobierno federal, sino de la coyuntura política misma del país, en especial de la relación de los principales actores políticos y sociales con el presidente y su partido.

Los Silencios como Respuesta.- Desde antes que Ernesto Zedillo diera lectura a su documento en el edificio de San Lázaro, se sospechaba que en él no se encontraría ni rastro del problema que la presidencia zedillista --y el país— vienen arrastrando desde enero de 1994: el levantamiento indígena de Chiapas. Tampoco sorprendió a nadie que quedara fuera de la evaluación presidencial el complicado y controvertido rescate de un sistema bancario ineficiente y corrupto y cuyo costo a cargo del erario ya superó los 105 mil millones de dólares según los cálculos de Standard &

Poor's (Reforma, 31 de agosto). Tampoco se abordó de frente el tema de la deuda externa ---pública y privada--- que ya alcanza un monto que es un reto a la imaginación —146 mil millones de dólares— y cuyo servicio constituye una hemorragia: 445 mil millones de dólares en los últimos diez años (La Jornada, 5 de septiembre). Apenas unos días antes de su comparecencia en el congreso, un presidente irritado e impaciente demandó a la comunidad académica que dejara su pasividad y actuara en apoyo de la corriente de opinión que pide poner fin a una huelga que por más de cuatro meses ha mantenido cerrada a la Universidad Nacional. Sin embargo, cuando formalmente el presidente ocupó el centro del escenario político el 1° de septiembre, entonces optó por hacer lo que acababa de condenar y asumió una actitud de máxima pasividad: borró el conflicto de la UNAM de la agenda política nacional. Quizá la única ausencia en el documento anual que sorprendió fue la del mundo externo, un factor del cual depende cada vez más el destino de un México inmerso en la globalización. La agenda externa de México es numerosa: además de deuda, flujo de capitales, TLC y comercio en general, también narcotráfico, indocumentados, extradiciones, controvertidas observaciones de organizaciones no gubernamentales de nuestros procesos internos, etcétera.

La lista de ruidosos silencios en el documento presidencial se puede alargar: las implicaciones del gran capital en el financiamiento del partido de Estado (el *affaire* Carlos Cabal Peniche), la frustrada reforma electoral y sobre todo y desde luego, la discusión de la esencia del proceso político mexicano central en este fin de siglo: la prolongada transición a la democracia y el proyecto nacional de cara al nuevo siglo.

La idea de que la mejor manera de enfrentar un problema político complejo es ignorarlo, no es original del Dr. Zedillo. Se trata de una práctica común en cualquier

parte y tiempo. En efecto, todos los países y sistemas de poder han echado alguna vez mano de lo que bien se puede llamar la táctica del avestruz. El profesor David Easton, en su ya clásica obra sobre el análisis del sistema político (*A systems analysis of political life*, 1965), señaló que todos ellos están obligados a controlar la cantidad y calidad de demandas o problemas sociales a los que debe enfrentarse. Sería imposible para cualquiera de ellos contar con los recursos suficientes para hacerle frente a todas las exigencias a la autoridad que puede plantear una sociedad. Y una de las formas más económicas de disminuir la lista de asuntos a resolver, consiste simplemente en ignorar algunos de ellos. Desde esta perspectiva, la política de oídos sordos o de ceguera voluntaria puede ser racional para el gobernante --que no necesariamente para la sociedad en su conjunto-- pero sólo en la medida en que el paso del tiempo u otros acontecimientos pospongan, desgasten o neutralicen las demandas y no las agraven.

Un ejemplo claro de gobernantes que se ahorraron sinsabores por la simple vía de ignorar un problema, se tiene al examinar el asunto de los derechos políticos (su ausencia) de la minoría negra en los estados sureños norteamericanos después de la guerra civil. Por casi un siglo, el gobierno federal norteamericano ignoró la violación sistemática de los derechos civiles de los negros en esa parte del país. Sin duda esa estrategia fue la más económica para los presidentes que no deseaban chocar de frente con las elites racistas del sur. Por mucho tiempo el costo de esa ignorancia voluntaria lo pagaron sólo los afectados y no los gobernantes. Únicamente cuando a mediados del siglo XX el movimiento de los derechos civiles que encabezó Martin Luther King elevó el costo político para el presidente, el gobierno federal actuó, empleando a la guardia nacional, al FBI y al Departamento de Justicia. El problema aún

no está resuelto, pero ya no tiene la agudeza que tuvo en los años sesenta. En nuestro país y por largos años, la presidencia se desentendió de las protestas por el fraude y la manipulación sistemática de los resultados electorales, por la corrupción de los cuerpos policiacos, del ministerio público y de los jueces o por los efectos negativos de la explosión demográfica, la ausencia de una planeación urbana y la contaminación ambiental. Por mucho tiempo en México el olvido de temas como los mencionados, tuvo un costo tan bajo para la clase política que la estrategia le resultó todo un éxito.

Los Límites.- La política del avestruz puede dar, a veces, resultado, pero siempre tiene límites. Desconocer la existencia de una demanda o un problema, puede funcionar a la corta, pero con el paso del tiempo el costo puede ser mayor para el responsable político en turno y, desde luego, para el conjunto social. Por ejemplo, desentenderse de las violaciones de los derechos civiles de la minoría negra resultó cómodo para los presidentes americanos por casi un siglo, pero los presidentes Kennedy, Johnson o Nixon tuvieron que actuar como bomberos para apagar, literalmente, las llamas de varios incendios sociales motivados por ese descuido. El ignorar los temas de corrupción en el sistema de justicia mexicano tiene hoy un costo muy alto no sólo para la sociedad sino para la clase política en su conjunto. No admitir que el supuesto éxito de su política económica estuviera prendido de alfileres por depender de la continuación de un gran flujo de capitales externos especulativos, no le costó gran cosa a Carlos Salinas, al menos no durante su presidencia. Sin embargo, los efectos finales de esa política casi resultaron fatales para su heredero, pues apenas estaba familiarizándose con los cuartos y corredores de “Los Pinos” cuando una fuga masiva de capitales le hizo polvo sus slogans electorales (“bienestar para la familia”, “él sabe como hacerlo”, etcétera), y ni que decir del gran costo pagado por la sociedad

mexicana.

Posiblemente, Ernesto Zedillo logre dar su próximo informe sin sentirse obligado a abordar los problemas de Chiapas, el rescate bancario, la deuda externa, la viabilidad de la universidad pública, la transparencia de los recursos empleados en las campañas electorales y otros similares. Pero difícilmente será el olvido o el tiempo el que se encargue de resolverlos: la sociedad mexicana ya está pagando por todos ellos, y quien quiera que sea el sucesor del actual presidente, se va a encontrar con que ganó la rifa del tigre.

Las Formas.- Como quedó señalado, las formas que envuelven al informe son indicadores tan poderosos como el documento mismo. Ya quedó atrás la ridícula pompa de la presidencia imperial. Es un logro de la oposición y de esa parte de la sociedad que le apoya, haber forzado al presidente a acortar el discurso interminable, a no suspender la actividad del país entero –después de todo, desde siempre sólo una minoría de ciudadanos ha escuchado el discurso presidencial-- y a no presentarse a las puertas del congreso escoltado por el escuadrón de caballería del Colegio Militar, en medio de toneladas de confeti y vitoreado por masas de acarreados. Hasta aquí el cambio de la forma es positivo, como positivo es también que hayan disminuido, aunque no desaparecido, las pancartas y las interrupciones de los congresistas de oposición de izquierda durante la lectura del documento presidencial. En realidad esos opositores ya no necesitan de medios tan primitivos para hacerse oír, pues ya son parte del sistema del poder.

Lo que ya no es tan positivo, es que el partido mayoritario en las cámaras federales, el que desde el inicio de los tiempos del régimen ha controlado los hilos del poder, el PRI, se decida a sustituir a la oposición de izquierda en su papel de gran

gesticulador, del sonido y la furia en el congreso. ¿Necesitan el PRI y el gobierno echar mano de esos medios que apenas ayer ellos mismos condenaban?. Después y pese a todo, los priístas, sigue siendo el elemento mayoritario en las cámaras y en el aparato del poder. Los gritos, abucheos e insultos con que los priístas pretendieron acallar el discurso de un opositor de derecha que, en su calidad de presidente de la mesa directiva de la Cámara de Diputados y desde un plano de la igualdad de poderes, respondió al informe del presidente en un tono crítico ¿no son, en realidad, los rugidos del dinosaurio herido?

En el informe comentado, el presidente dedicó un espacio para subrayar el valor de la tolerancia en la disputa política. Y estuvo bien que lo hiciera, porque la tolerancia es ingrediente indispensable de la vida democrática, pues en ella las fuerzas en contienda deben de actuar suponiendo que la meta es derrotar pero no eliminar al adversario y que ni la victoria o la derrota pueden ser totales y permanentes. Sin embargo, más tardó el presidente en concluir su discurso y disponerse a oír la contestación, que empezar a brotar a raudales la intolerancia por parte de la bancada del PRI. Se trató, desde luego, de la reacción de un partido que nunca ha sido democrático pero que está obligado a actuar como si lo fuera. El actual entorno mexicano exige a los partidos políticos en competencia que, para evitar el ahondamiento de las diferencias, adecuen sus comportamientos a las reglas que son las propias de los sistemas democráticos. El espectáculo de intolerancia que protagonizó el PRI en la parte final de la ceremonia del informe no sirve al interés colectivo ni augura nada bueno para el futuro inmediato.

En su discurso ante los legisladores y sus invitados, el presidente aseguró que su gobierno ya no ejerce ningún tipo de censura, que a nadie se le molesta por sus

ideas. Pero ¿es eso cierto?. Ese mismo 1° de septiembre, las dos grandes cadenas que constituyen el grueso de la televisión comercial mexicana y que siempre han apoyado al gobierno --Televisa y Televisión Azteca-- decidieron en sus emisiones de noticias posteriores al informe, y en un acto que en algo recuerda el comportamiento de los soviéticos, no dar ninguna cobertura a la respuesta del líder opositor al informe pero si, en cambio, editorializar y descalificarla como “vergonzosa”. Si, como afirma el presidente de Televisa, Emilio Azcárraga Jean, eso no fue censura, se le parece como una gota de agua a otra; ¿es un anuncio del comportamiento de los medios en el proceso electoral que está en puerta?.

En Suma.- Tradicionalmente, el documento presidencial que resume el año político desde la perspectiva del poder, sólo le da cabida a una parte de la realidad --a la favorable--, pero en esta ocasión las ausencias fueron tan obvias que simplemente no pudieron pasar desapercibidas y resultaron la parte más relevante del documento. Por otra parte, el comportamiento de los notables del partido del presidente contradujo pública y dramáticamente el llamado a la tolerancia del jefe del Estado. Finalmente, la televisión comercial se mantuvo fiel a su tradición y dio una muestra palpable de su falta de voluntad de contribuir a la construcción de una democracia que todos dicen desear pero que muchos buscan evitar.